





LA BÓVEDA  
DE LOS RECUERDOS



CARLOS ALONSO SAÍNZ

LA BÓVEDA  
DE LOS RECUERDOS

*Construyendo memoria*



Primera edición: septiembre de 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Carlos Alonso Saínz

© Edición: Adrián Naranjo ([www.adriannaranjo.com](http://www.adriannaranjo.com))

ISBN: 979-13-87814-36-6

ISBN digital: 979-13-87814-37-3

Depósito legal: M-11703-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mi hija Isabel, que no ha heredado la «herida» todavía y,  
sobre todo, a Cati, mi compañera de vida,  
por su paciencia, que no es infinita, pero sí enorme.*



SANATORIO LA BARRANCA, NAVACERRADA, MADRID .....	II
I .....	13
2 .....	29
3 .....	49
4 .....	55
5 .....	69
6 .....	87
7 .....	93
8 .....	109
9 .....	119
10.....	129
11.....	139

I2.....	I49
I3.....	I6I
I4.....	I89
I5.....	209
I6.....	23I
I7.....	239
I8.....	247
I9.....	255
20.....	269
2I.....	28I
22.....	289
23.....	3II

## SANATORIO LA BARRANCA, NAVACERRADA, MADRID

INVIERNO DE 1947

Son las nueve menos cinco de la noche. Está acostado bocarriba. Si en ese momento estuviera conectado con su presente, estaría viendo la luz amarillenta de un globo de cristal que cuelga del techo y los barrotes metálicos de su cama, repintados de blanco con algún desconchón. Solo eso, pues el resto de la habitación, de paredes blancas, no contiene mucho más. Le cuesta respirar y unos sonidos muy extraños emanan de su interior, como ronquidos de un monstruo durmiente que fuera a despertar en cualquier momento, destrozando explosivamente su pecho y lo que quedaba de él. No está en su campo de visión, pero en el cabecero de la cama sabe que hay un cuadro con una lámina desvaída de una Inmaculada Concepción. Sabe que está llegando al final. Si creyera en algo, sería el momento de empezar a rezar o reconfortarse en el anhelo de su encuentro inminente con Dios. Pero no cree en nada. Ya no.

Pronto aparecerá alguien por la puerta para traerle la cena. Se dirigirá a él por un nombre que no es el suyo. Él no es Enrique Santaolalla.

—Todo el mundo, en el momento de su muerte, debería tener derecho a escuchar su propio nombre —dice, no sabe si en voz alta—. Si me enterráis con este nombre, si ponéis este nombre en mi lápida, os habré ganado, cabrones.

Hace apenas una hora, en una sala de visitas, ha terminado de cumplir su última misión. Se ha despedido de Roberto y de Julia, aunque puede que ellos no se hayan dado cuenta. Ya está hecho. Es a lo que había vuelto. Nada más.

Cuando hace apenas dos meses un tal Enrique Santaolalla cruzó la frontera, volvía a lo que ahora era su país, pero no su patria. Su patria había estado en muchos sitios, pero sobre todo estaba en ellos, sus hermanos. También en Amparo, en Philippe Vergez, en Marcel y Sandrine, en Gérard y Nicole.

Acaban de llamar a la puerta de su habitación.

—Don Enrique, le traigo la cena.

El fuego de mortero de una tos bronca, que venía desde sus pulmones incendiados, le martirizaba. Mientras tanto, no dejaba de repetirse su nombre:

—Adolfo Matesanz. Adolfo Matesanz...

Luego, por fin, llegó la calma. Cesó la tos y una oscuridad total o una luz intensa, nadie lo sabe, lo llenaron todo.

## PROHIBIDO MORIRSE EN SVALBARD

MADRID, 20 DE ENERO DE 2023

El archipiélago de Svalbard es un conjunto de islas de soberanía noruega en el Océano Glacial Ártico entre los paralelos 74° y 81°N y los meridianos 10° a 35°E. Únicamente están habitadas tres de sus islas, siendo Longyearbyen el asentamiento más importante, en la isla de Spitsbergen (39.000 km<sup>2</sup>), donde no hay carreteras que unan los distintos núcleos, si bien existe un aeropuerto. Es la zona habitada más septentrional del planeta.

Como dato curioso está la prohibición de llevar a cabo enterramientos en la isla. Las bajas temperaturas y el permafrost harían que se preservasen los virus y otros patógenos. Por este motivo, los cadáveres deben ser trasladados para ser inhumados. Es por ello por lo que se habla de Longyearbyen como «el pueblo donde está prohibido morir».

En Spitsbergen se encuentra el Banco Mundial de Semillas, también conocido como Bóveda Global de Semillas de Svalbard. Una especie de cámara acorazada

subterránea a prueba de desastres como terremotos, impactos de bombas, erupciones volcánicas y radiación solar, donde se conserva una reserva mundial de colecciones de semillas de plantas de cultivo de todo el mundo que servirían para ser replicadas en caso de desastre natural, actos terroristas o conflictos bélicos. Su seguridad es tal que incluso en caso de corte del fluido eléctrico, el permafrost actuaría de refrigerante y conservante natural. Su aspecto exterior es apenas una estructura de hormigón emergiendo imponente desde el suelo helado que enmarca únicamente una puerta de acero que da acceso, tras cruzar diversas otras puertas interiores, a tres cámaras subterráneas situadas, no obstante, a ciento treinta metros sobre el nivel del mar, para garantizar la ausencia de humedad.

A pesar de su clima extremo, Longyearbyen tiene unos dos mil habitantes y es una animada localidad. Posee bares, restaurantes, comercios, hoteles y un hospital. Un norteamericano llamado John Munro fundó el asentamiento en 1906 y lo vendió diez años después a una compañía minera noruega. La noche polar dura allí del 28 de octubre al 14 de febrero.

Una mano en el ratón del portátil y la otra sujetando una taza de café, Daniel Matesanz paseaba aburrido por distintos enlaces de prensa y noticias. De pronto, este artículo le había llamado la atención.

No recordaba cómo, pero todo hasta ese momento debió transcurrir como cada mañana. A las siete menos diez estaría tumbado mirando al techo, esperando, de un momento a otro, oír sonar la alarma de su móvil. No recor-

daba haberse cepillado los dientes. No recordaba haberse arreglado un poco la barba ni haber abierto el grifo de la ducha, pero estaba seguro de haberlo hecho.

Mientras leía el artículo sobre el archipiélago de Svalbard, sí que recordó haber pasado unos minutos observando su rostro en el espejo. Recordó cómo su mirada se desenfocó y se marchó lejos. El que miraba desde el otro lado, o cualquier otro en otro tiempo, no era el Daniel Matesanz Rincón maduro y levemente envejecido, sino el niño de siete años, el adolescente de dieciséis o el joven de veinticinco con una pregunta en el rostro: «¿Cómo he llegado hasta aquí?».

Una sucesión de imágenes de él mismo, en otros tiempos, se superponían a la del tipo que lo miraba desde el espejo. «¿Cómo he llegado hasta aquí?». Nuevamente la pregunta. Acaba de cumplir sesenta tacos. Pelo blanco, barba blanca, cuidada, ojos oscuros y redondos de mirada profunda, algo cansada, quizá ya descreída. Es una cifra redonda, contundente, solvente, vívida. El grifo del lavabo se había quedado abierto y solo mientras transcurre el instante de la acción de cerrarlo, han pasado los sesenta años que atesora. Infancia en pleno desarrollismo, adolescencia en la Transición, la universidad, las oposiciones, el trabajo, aparece Elena, la hipoteca, nace Irene. «Papi, ¿sabes que el padre de Hitler también era funcionario de aduanas como tú?». Pues no hizo un buen trabajo, ¿como yo? Se va Elena, se va Irene, algunas inversiones bien hechas, qué bien se está solo, ¿seguro?, hartazgo de un trabajo anodino. Necesito un punto de inflexión, ¿puedo jubilarme?, adiós. ¿Qué vas a hacer a partir de ahora? No sé. ¿Me afeito la barba? No, todavía no.

Daniel no ha dormido bien. Una serie de sueños, quizá pesadillas, le han tenido inquieto. Apenas recuerda retazos de las imágenes que le han estado desfilando en una noche tormentosa y desapacible. A ratos, cada vez que lograba conciliar el sueño, la lluvia, golpeando en la persiana, lo despertaba.

No lo tiene muy claro, pero sospecha cuál ha sido el detonante de esta sensación de inquietud que le invade. Todo el día anterior lo ha pasado haciendo limpieza entre sus cosas. En su garaje, entre multitud de trastos acumulados durante años, ha aparecido de repente una caja de cartón precintada y sin rotular.

Quizá arrastrada hasta allí en el fragor de diversas mudanzas, la caja terminó arrumbada en el fondo de un estante casi inaccesible, emboscada detrás del paquete de una vieja tienda de campaña y diversos botes de pintura seca y mal cerrados. Al ir a cogerla, encaramado en una inestable escalera, el fondo de la caja, podrido por la humedad, se ha terminado de deshacer. El contenido ha caído esparciéndose desordenado por el suelo.

Desde lo alto de la escalera, Daniel permaneció unos segundos observando la imagen de aquello que sabía muy bien lo que era. Un montón de libretas Centauro con las tapas de cartón azul y gusanillo de alambre. El diseño del centauro había variado algo con los años y el azul de las tapas presentaba tonalidades diversas. La humedad y el tiempo habían ido haciendo lo suyo. Ninguna de las libretas tenía rótulo ni anotación en la tapa. Bajó lentamente de la escalera y, en cuclillas, abrió una al azar: «25 de octubre de 1981. Estamos en la cola, delante del Casón del Buen Retiro, para ver el *Guernica*. Papá me ha

dicho que casi todos los que están allí tienen una herida, que hay heridas que se heredan y que, con toda seguridad, yo la he heredado».

Daniel cerró la libreta y la puso en el montón. Abrió otra, también al azar, más o menos por la mitad.

17 de diciembre de 1978

Hoy domingo hemos ido al Rastro. Ha seguido contándome lo del tío Adolfo. En febrero de 1939, al pasar la frontera no pudo seguir con su plan porque lo metieron, junto a muchos otros, en un campo de concentración en un lugar llamado Argelès-sur-Mer, que era una playa. Como allí no había nada, hacían agujeros en la arena, los cubrían con cualquier cosa y se metían dentro como conejos para protegerse del frío y pasar la noche. Cagaban todos en la orilla. Se las tuvo que arreglar para escaparse». ¿Cómo se limpiaban? ¿Qué comían? Preguntar.

Un tiempo indeterminado, probablemente varias horas, estuvo hojeando aquellos cuadernos. Desistió de ordenarlos porque algo parecido a una sensación de ansiedad se lo impedía. Hizo un montón con todos, los llevó al interior de la casa y los puso en la mesa del comedor. Durante todo el resto del día pasó por delante del montón varias veces, mirando deliberadamente hacia otro sitio, en un ejercicio perfecto de procrastinación.

Después, por la noche, recuerdos, voces e imágenes se le estuvieron agolpando en tropel. Lo hacían de tal forma que se le terminó por formar un nudo en el estómago. Siente la necesidad de recuperar vivencias y recuerdos para poder hacer algún tipo de balance, pues todo lo que

empiece, de ahora en adelante, comienza necesariamente por hacer un balance. Además, alberga el sentimiento de tener que pagar una deuda pendiente, quizá curar una herida que vuelve a sangrar. De repente, la imagen de otra comparación le asalta. El estante mohoso de su garaje, la caja de cartón olvidada con las libretas Centauro eran su Svalbard. Habían ejercido, como el almacén de semillas, de reservorio de memoria para garantizar la supervivencia ante cualquier cataclismo. Pocas cosas pasan por casualidad.

A las dos de la madrugada, su fiesta de despedida continuaba en un local de copas y música para maduritos. Los efectos del alcohol aflojaban las lenguas. Daniel se había apartado un poco del grupo y hablaba en un rincón de la barra con Jose. El resto o bailaba desatado o intentaba aliviar las habituales tensiones sexuales no resueltas entre sus ya excompañeros y excompañeras de Aduanas. Con Jose había tenido siempre cierta afinidad y conexión.

—Joder, me acabo de dar cuenta de que llevo un pedo como un señor. —Jose miraba, con preocupación, a través del cristal de la copa de su *gin-tonic*.

—Pues todavía no me has hecho la pregunta —atinó Daniel a decir intentando que no se le trabara la lengua.

—¿Qué pregunta?, ¿la de a qué te vas a dedicar ahora?... No te la hago para que no me mandes a la mierda.

—Exacto. Me irrita mucho. La respuesta tipo que estoy usando estos días es: «Me voy a dedicar a lo que me salga de los huevos» —remarcó ralentizando y vocalizando bien cada palabra.

—De eso estoy seguro —dijo Jose con cierta retranca—. Aunque tengo cierta curiosidad. No te veo apuntándote a taichí, a clases de zumba o bailes de salón, quizá haciendo voluntariado en alguna asociación, no sé. Me fio de ti.

—Haces bien, soy de fiar.

—Imagino que tienes tus recursos. ¿Has empezado la fase esa de hacer balance? Yo pienso a menudo en cuando me toque hacerlo. —Jose hizo una pausa y agitó su copa con movimientos circulares—. Hay una cosilla que me inquieta. Por algún motivo me da pánico que haya cosas que no recuerde, que se me hayan borrado. Pienso a veces en mi padre. Lo tenemos con un grado avanzado de Alzheimer. A veces, muy pocas, tiene un brevísimo aterrizaje en el mundo real y parece que está aquí. Comenta algo cotidiano o de su realidad actual y te crea la ilusión de que vuelve contigo después de un viaje. Pero es eso, una ilusión. La verdad es que hace tiempo que se fue. Ya no está aquí. Aunque te esté mirando, no te ve. Aunque ves cómo parece que vive y cómo interactúa contigo, en realidad no está. Lo que tuviera dentro, el recuerdo de sus vivencias, de sus sentimientos, todo, se ha perdido para siempre.

Jose hizo una pausa, dio un largo trago a su copa y comprobó que Daniel lo escuchaba con atención.

—Vivió unos años bastante bien hasta que empezó el baile de los primeros síntomas. La cosa es siniestra. Se va borrando toda tu vida. Es como cuando se quema la imagen de una pantalla o ves un fundido en negro en una peli. Entonces piensas en todo lo que se pierde para siempre. Vivencias, experiencias sensoriales que han

construido su vida durante años se disuelven. Por eso, cuando todos esos datos se borran, nos vamos borrando todos también y nos vamos muriendo, fundiendo como la imagen, porque hemos interactuado con él. Somos lo que somos, sobre todo, en cuanto a nuestras relaciones con los demás. Una foto, un vídeo, una grabación de sonido con una voz son cosas fáciles de conservar hoy. Solo son archivos de datos que pueden subirse a la red. Guardados en un servidor, por ejemplo, en quién sabe dónde, podrán algún día ser recuperados o visualizados por alguien, con intención o sin ella, buscándolos o no, pero ahí estarán en una especie de inmortalidad *low-cost*. ¿No has buscado nunca qué hay sobre ti en la red más allá del LinkedIn? Las experiencias sensoriales, los sentimientos, las vivencias son más complicadas de conservar. Quizá la literatura cumple ahí esa función, no sé... Iniciativas como los bancos de recuerdos de entidades y asociaciones lo intentan de alguna manera. —Jose hizo tintinear los hielos de su copa nuevamente y dio otro largo sorbo—. Definitivamente estoy muy pedo. Menuda perorata te estás tragando.

—Sí..., es curioso, también a mí me asalta ahora una sensación parecida, creo. De hecho, hasta ha llegado a atormentarme. Supongo que es el hecho de asumir y tomar conciencia de hacerte mayor, esta vez sin vuelta atrás. Al resumir tu existencia hasta el momento y hacer valoraciones, necesariamente aparecen las vidas que han pasado por la tuya. Curioso que hayas sacado el tema de tu padre —Daniel también agitó lentamente su copa y continuó con la mirada fija en algún punto detrás de la barra—, de hecho, pensaba en el mío esta mañana. No sé el motivo,

pero esta mañana, frente al espejo, he viajado muchos años atrás y me han asaltado recuerdos de situaciones, de conversaciones y, como tú dices, de experiencias, incluso algunas historias que estaba a punto de olvidar. Dices que olvidar es perder. Yo diría más, es como si nunca hubiera ocurrido, como si nunca hubiera existido. Yo no quiero perder nada. —Dio un trago definitivo al *gin-tonic* y solo pronunció una palabra—: Svalbard.

—¿Cómo...? —preguntó Jose sin entender.

—Nada. Una metáfora. Creo.

Y Jose, bien porque estaba borracho, bien porque en realidad le importaba una mierda, no insistió y los ojos vidriosos de su mirada tenían serias dificultades para encontrar los de Daniel. Todavía fue capaz de decir:

—Vale que no me digas a qué vas a dedicar ahora tu tiempo porque no te lo voy a preguntar, pero ¿por dónde vas a empezar?

—He leído por ahí que se suele empezar por una limpieza a fondo de tus cosas, a modo de catarsis. Ya empecé a hacerla ayer. Quizá también por un viaje.

Y Daniel, apenas terminó de decir esto, se dio cuenta de que sabía exactamente dónde iba a ir. Dio por terminada la noche y pidió un taxi para volver a casa.

Apenas tres días después, recostado en el asiento del Boeing 737 de Norwegian que le llevaba desde Oslo hasta Longyearbyen, en el archipiélago de Svalbard, Daniel intentaba ordenar sus ideas y sus recuerdos, porque aquello iba de recuerdos, y sentía la necesidad de resolverlo. Malestar. Cuadrigas de caballos galopaban por el

interior de su cráneo. Secuelas de la resaca mezclada con la presión del vuelo en sus oídos. Todavía no tenía muy claro qué le estaba llevando hasta allí. Había embarcado facturando una maleta con ropa. Además, una abultada mochila le molestaba entre las piernas. En ella iban, entre otras cosas, las treinta o cuarenta libretas Centauro, que había seleccionado sin más criterio que el que la humedad y el maltrato del olvido de años hubieran permitido que conservaran alguna cosa legible.

El vuelo se le estaba haciendo largo. Sacó una de las libretas al azar. Tardó un poco en familiarizarse con la versión infantil de su propia caligrafía. Una mueca de cierta ternura se le trazó en la cara. Acababa de ser consciente de cómo leer para sí aquel cuaderno era escucharse a sí mismo cincuenta y siete años después, escuchar al Daniel de siete años.

Julio de 1969. La Luna.

Papá me ha levantado de la cama. Debía ser tardísimo. Me ha llevado al salón de casa. Nuestra tele Iberia estaba encendida.

Le he dicho varias veces que tenía mucho sueño, pero no me ha hecho ni caso. Se ha empeñado en que pusiera mucha atención a lo que estaban poniendo. Se me cerraban los ojos, pero él ha insistido.

Papá me ha dicho que es muy importante que vea esto para recordarlo después. Dice que es la llegada del primer ser humano a la Luna. No me ha parecido algo tan especial. Le he dicho varias veces que yo ya he visto antes en la tele, en otros programas, viajes interestelares y con mejor calidad que aquellas imágenes tan borrosas. Tampoco me ha hecho caso.